



5 de noviembre de 1876

Espíritu de penitencia

Santa María Eugenia de Jesús

Mis queridas hijas:

Al ver acercarse el Adviento, siento la necesidad urgente de llamar vuestra atención sobre una verdad severa, pero necesaria como fundamento de toda vida cristiana y, con mayor razón, de toda vida religiosa.

No sé si habéis notado en la leyenda¹ de san Agustín que, en el lecho donde iba a exhalar su último aliento, recitaba con muchas lágrimas los siete salmos penitenciales, diciendo *que ningún cristiano debe emprender la salida de este mundo sin penitencia*.

¿Qué quería decir con eso? Sin duda, no se refería a las austeridades en ese momento. Los sufrimientos que Dios le enviaba las sustituían, y él los aceptaba con paciencia y resignación. Pero entonces, ¿por qué, con los ojos bañados en lágrimas, recitaba los siete salmos penitenciales? Quizás me diréis que san Agustín tenía grandes faltas que reprocharse. Es cierto; pero es teológicamente cierto que el bautismo borra todos los pecados, y san Agustín había recibido el bautismo en el momento en que abandonaba su vida pecaminosa y se entregaba al servicio de Dios. Sabéis, por fin, que el amor perfecto de Dios borra todas las faltas, y san Agustín tenía sin duda ese amor.

No sé si conocéis la leyenda que dice que Dios, no queriendo que el corazón de san Agustín, que tanto le había amado, permaneciera en un país infiel, expuesto a la corrupción, ordenó a sus ángeles que lo llevaran a una ciudad del norte de Alemania, a Leyde, creo, donde ese corazón, que permaneció como vivo, fue siempre honrado e incluso todavía se estremece cuando se habla del amor de Dios en su presencia.

No estoy segura de la veracidad de esta leyenda, pero en cuanto al amor que san Agustín sentía por Dios, no hay la menor duda. Todas sus palabras, todas sus acciones, todas sus obras respiran ese amor, y es el amor lo que hace que el alma sea absolutamente pura ante Dios.

Sin embargo, a pesar de ello, san Agustín dice: *Nadie debe emprender la salida de este mundo sin penitencia*. Es necesario, hijas mías, aplicar esta palabra a nuestra vida y entenderla sobre todo como la virtud de la penitencia, es decir, el dolor por el pecado, el horror por todo lo que puede ofender a Dios. Esta virtud es un fundamento tan

¹ "Leyenda": palabra utilizada en la liturgia para las lecturas de Maitines sobre la vida de los santos.

necesario para la perfección que santa Juana de Chantal decía que no daría ningún valor a la virtud más elevada si no se basara en este horror al pecado. Y santa Teresa: *En cualquier estado del alma, por muy elevado y extraordinario que sea, hay que volver a menudo al conocimiento de uno mismo.*

Supongo que no habéis cometido grandes faltas en vuestra vida; pero en todas nosotras están las secuelas del pecado original. ¿Quién podría decir que no tiene en sí misma algún defecto dominante, o al menos algún resto de orgullo secreto, alguna voluntad propia, alguna susceptibilidad, a la que permanece apegada, aunque cada día le diga a Dios: «Dios mío, te amo por encima de todas las cosas y mucho más que a mí misma». Y aunque así fuera, ¿no estamos obligadas las religiosas a aspirar a más y a adquirir las virtudes opuestas a los pecados capitales?

Así, la humildad de corazón, que no deja lugar al orgullo ni a todos los hijos del orgullo, es el primer rasgo de la religiosa que quiere imitar a Jesucristo y compartir su disposición ante los dolores, los desprecios y las injusticias, ante la vida y ante la muerte.

La pobreza, que no admite ningún apego ni avaricia, es el rasgo más absoluto de la vida religiosa. La pureza aleja a la religiosa no solo de lo que puede manchar su alma. Pero en ella esta pureza debe estar como envuelta en el desprecio del mundo y de todo lo que es del mundo.

La envidia no es aceptable para una religiosa: debemos alegrarnos de que otra sirva a Dios mejor que nosotras y, al tiempo que servimos a Dios lo mejor posible, debemos desear que todas las demás criaturas le sirvan aún mejor, para que nuestro Señor reciba más gloria. Como veis, me inclino por el lado de la envidia que sería el más aceptable. Sin embargo, diré que este sentimiento, que no es alegría ni indiferencia por todos los éxitos que nos superan, debe ser eliminado.

La mortificación habitual que nos desprende, que nos separa de las satisfacciones de los sentidos, que hace que no las queramos, que no las busquemos, es otra de las características esenciales de la religiosa. Después, la paciencia y la dulzura, que la religiosa debe mostrar en toda ocasión, como consecuencia de la humildad y la mortificación. Por último, se espera que la religiosa sea celosa, ardiente, trabajadora, deseosa de procurar la gloria de Dios, sobre todo si pertenece a una congregación activa.

Pues bien, hijas mías, ¿tenemos estas virtudes? ¿Quién las tiene todas? O más bien, en lugar de estas virtudes, ¿qué queda en nosotras de los pecados que se oponen a ellas? Ese debe ser el objeto de nuestra penitencia. Citaré al respecto otra frase de san Agustín: *Es mucho más importante lamentar lo que queda en nosotros de inclinación al pecado que volver sobre los que hayamos podido cometer.*

Supongo que una de vosotras cometió un gran error en su vida pasada, del que se ha recuperado por completo, y cuya ocasión está ahora tan lejos de ella como el Polo Norte del Polo Sur. Sin duda, debe de quedarle un profundo sentimiento de dolor por haber ofendido a Dios. Ahí no está el peligro, el peligro está en todo lo que nos queda de orgullo, impaciencia, debilidad. Eso puede llevarnos en cualquier momento a ofender a

Dios con un pecado venial. Ahora bien, el pecado venial lleva a la tibieza, y la tibieza puede conducir fácilmente a la enemistad con Dios.

Por eso quiero mostraros cuán importante es desarrollar en nosotras ese espíritu de penitencia que clama a Dios y atrae su misericordia. Hay que desarrollarlo respecto a las faltas cuyas raíces están en nosotras, y también respecto a las virtudes que nos faltan y que se espera encontrar en nosotras como religiosas.

Aquí, queridas hijas, hay un vasto campo por recorrer. Os animo a leer el capítulo del cuarto libro de la Imitación, donde se dice que antes de acercarse a la santa comunión hay que lamentar de corazón todas las miserias que son fruto de nuestras pasiones y las faltas en las que caemos con más frecuencia. Fijaos en que no se trata de grandes pecados, sino de estar tan dormidas para las historias santas y tan despiertas para las noticias del mundo, tan imprudentes en sus discursos, tan distraídas en la oración, etc.

Veis que los santos y los que tienen la luz de Dios consideran que, antes de acercarnos a nuestro Señor, debemos lamentar las faltas más habituales de nuestra vida. San Agustín dice al respecto que la violencia del arrepentimiento debe disminuir y vencer en nosotras la costumbre del pecado.

Es difícil tener un gran arrepentimiento por las faltas ordinarias. Hay que esforzarse por formar este sentimiento en nosotras mismas mediante la visión de Dios, no de un Dios terrible, sino de un Dios tan bueno, tan misericordioso, que nos ha colmado de tantas gracias, nos muestra tanto amor y nos destina tantos bienes y tanta gloria. La visión de nuestro Señor sufriendo por nosotras, deseando nuestro corazón con tanto ardor, entregándose a nosotras tan a menudo.

Frente a este amor, hay que poner nuestras continuas debilidades, nuestro apego al pecado venial y esas malas inclinaciones a las que a veces nos aferramos más que a Dios.

Os lo repito, hijas mías, es sobre todo mediante una visión de amor como hay que desarrollar en uno mismo un generoso fervor de penitencia. Y cuando digo penitencia, me refiero a la penitencia del espíritu, la contrición del corazón, la oración que debe ser habitual en una religiosa y hacer que esté siempre dispuesta a recibir los sacramentos.

No sé por qué, pero siento la necesidad de deciros esto un poco antes del Adviento. En este tiempo en el que contemplamos a nuestro Señor entregándose a nosotras, como un niño pequeño, lleno de amor y misericordia, es más fácil abrir el corazón a esta disposición. La contrición y el amor nacen fácilmente de esta visión de Jesús viniendo al mundo y disponiéndose a entrar en nuestro corazón. A menudo entra en él a través de la comunión, y a veces lo encuentra más sucio que el establo donde quiso nacer. Por eso pide que se purifique ese corazón, que se santifique con el desapego, que se lave con las lágrimas interiores de la penitencia y que se embalse, por así decirlo, con el ardor del amor.

Os pido, queridas hijas, que os apliquéis a ello de manera especial desde ahora hasta Navidad. Pero también debo deciros que esta disposición no debe abandonar el corazón

de una religiosa ferviente, y que hay que esforzarse por hacerla siempre el fundamento de su oración y de su piedad.